

De la solidaridad a la sospecha

Fernando Carvallo

Con cerca de cinco millones de musulmanes, Francia es el país occidental más expuesto a los sobresaltos del mundo arabo-musulmán. Por el número de sus creyentes, el Islam es hoy la segunda religión de Francia, pues supera al judaísmo (presente desde el primer siglo de nuestra era), al protestantismo y al budismo en plena expansión. Los dirigentes musulmanes de Francia y la mayoría de los creyentes se hallan plenamente integrados a un régimen institucional en el que la laicidad ha sido erigida en principio fundamental del Estado.

Tres siglos después de la última cruzada, un rey francés, Francisco I, fue el primer monarca cristiano que optó por la alianza con un príncipe musulmán para derrotar a los ejércitos de Carlos V, rey de España y emperador de Alemania. En el siglo XVIII Montesquieu escribió *Cartas persas* para forzar a los franceses a descubrirse en la mirada de viajeros llegados de Teherán. Durante la Segunda Guerra Mundial, el general De Gaulle estableció en Argel la capital provisional de la resistencia y numerosos soldados argelinos, marroquíes y tunecinos contribuyeron a la derrota de los ejércitos nazis. Actualmente el francés más estimado por sus compatriotas es el futbolista Zinedine Zidane, hijo de modes-

tos argelinos beréberes emigrados a la ciudad portuaria de Marsella. Y la bella actriz Isabelle Adjani exalta la figura de su padre, guardián argelino de una fábrica de los suburbios de París.

Durante las últimas décadas, un prejuicio persistente ha pretendido asociar la población de origen árabe con la violencia y la inseguridad ciudadana, aprovechando para eso las nuevas circunstancias internacionales. La guerra de independencia de Argelia, la larga guerra civil en el Líbano, las inextricables ramificaciones del conflicto israelopalestino, la vocación internacional de la revolución iraní y el islamismo fanático de los grupos argelinos han tenido repercusiones sangrientas sobre el territorio francés. El terrorista más celebre de los años setenta y ochenta, "Carlos", detenido en Sudán por agentes franceses, cumple cadena perpetua en una cárcel del centro de París. El aumento espectacular del desempleo después del primer choque petrolero aceleró la formación de guetos de desocupados en las periferias de las ciudades, donde es muy elevado el porcentaje de emigrantes de los

Fernando Carvallo, filósofo, trabaja en Radio Francia Internacional y en el Instituto de Estudios Latinoamericanos en París.

países árabes del norte de África.

Los atentados del 11 de setiembre en Nueva York y Washington produjeron un choque que no tiene precedentes desde que existe la televisión. Los principales canales mantuvieron una programación ininterrumpida y el derrumbe de las Torres Gemelas se incorporó a la iconografía básica de nuestra época. El nombre de Bin Laden es conocido por niños y adultos, aunque su imagen se confunde con arquetipos difíciles de extirpar. Al día siguiente de los atentados, la carátula del principal diario del país, *Le Monde*, proclamaba: "Todos somos estadounidenses". El presidente Jacques Chirac fue el primer dirigente extranjero que visitó las ciudades afectadas y anunció que Francia respaldaría la lucha contra el terrorismo internacional. Poco después comenzaron a aparecer las dificultades.

A diferencia de la guerra contra Irak en 1991 y las intervenciones aliadas en Bosnia y Kosovo, Estados Unidos se reservó el derecho de definir sin concertación los objetivos y las modalidades de la guerra. La palabra "cruzada" pronunciada por el presidente George Bush y la primera denominación de la operación militar, "Justicia infinita", acentuaron los temores sobre divergencias de fondo. La carta blanca otorgada al primer

ministro israelí Ariel Sharon, la decisión de ligar al régimen irakí con la red terrorista Al Qaeda y la voluntad de prescindir del Consejo de Seguridad de la ONU, profundizaron las distancias. El estatuto de los prisioneros de Guantánamo, las declaraciones guerreras del secretario de Defensa Donald Rumsfeld, así como la facilidad con que se aplica en Estados Unidos la pena de muerte, han producido hostilidad en amplios sectores de la opinión pública. El tema se complica cuando se sabe que el primer inculpado es el francés Zacarias Musarawi, convertido al islamismo radical, como la mayoría de los piratas del aire en las mezquitas de Londres. El resultado es que la solidaridad inicial con Estados Unidos se ha ido convirtiendo en clima de sospecha y desconfianza.

Según una encuesta reciente, setenta por ciento de los franceses piensa que Washington aprovecha los atentados para aplicar una política hegemónica y unilateralista, dictada por circunstancias de la política interna, los intereses petroleros y la redefinición de alianzas. El rechazo a firmar el protocolo de Kyoto, las presiones contra los países adherentes a la Corte Penal Internacional y la ausencia de Bush en la reciente Cumbre de Johannesburgo contribuyen a reforzar la sensación de una superpotencia arrogante y des-

preocupada por la agenda internacional.

Las consecuencias de los atentados han dado lugar a una abundante producción editorial. Estudiosos del Islam y del Asia Central han alternado con especialistas de relaciones internacionales y temas estratégicos, mientras que algunos filósofos han pretendido elevar el nivel de la comprensión de lo que está en juego.

Se puede clasificar el conjunto de los libros en dos grandes tendencias. La primera, representada por el historiador Alexandre Adler (*He visto el fin del viejo mundo*) y el filósofo André Glucksman (*Dostoievski en Manhattan*), asume que el espacio estratégico internacional ha cambiado el 11 de setiembre y que en adelante nada será como antes. Los escenarios posibles son la tribalización de las poblaciones o la generalización de la democracia, según que la guerra contra el terrorismo internacional tenga o no éxito. En ambos casos, Washington halla legitimidad para romper el consenso de la comunidad internacional.

La posición contraria es defendida por el islamólogo Olivier Roy (*Las ilusiones del 11 de setiembre*) y el especialista en estudios estratégicos Alain Joxe (*La política del caos: Las repúblicas ante la dominación norteamericana después de la Guerra Fría*). Estos autores sostienen que Estados Unidos había desarrollado una doctrina militar unilateral (la guerra de las estrellas) con connotaciones mesiánicas ("El imperio del mal") antes de los atentados, e

Al día siguiente de los atentados, la carátula del principal diario del país, *Le Monde*, proclamó: "Todos somos estadounidenses".

insisten en la complicidad de los servicios secretos norteamericanos en la instrumentalización del islamismo fanático contra potencias rivales.

El periodista de investigación Richard Labevière ("Usama Ben Laden o el asesinato del padre") sostiene que Washington opta por una ineficaz solución militar del problema terrorista para no respaldar alternativas que le parecen más razonables: la aplicación de controles eficaces al blanqueo de dinero, el combate contra regímenes como el de Arabia Saudita, la reforma del sistema multilateral y la ayuda a los países en desarrollo.

Pero mientras los especialistas acumulan y verifican con dificultad sus informaciones, las versiones manipuladoras y simplistas se imponen en el mercado. Así, el libro más vendido es el de un supuesto experto en servicios secretos, Thierry Meissan (*La impostura espantosa*), quien sostiene que ningún avión se estrelló en el Pentágono y sugiere que lo que sucedió fue una tentativa abortada de golpe de Estado. Felizmente, dos verdaderos investigadores han puesto en evidencia que el libro preferido del mercado utiliza fuentes producidas por círculos vinculados a la extrema derecha y el negacionismo antisemita. Pero como ha mostrado Umberto Eco, desde Homero y sus dioses olímpicos decidiendo secretamente el destino de los mortales, la teoría del complot convencerá siempre a los que gustan del maniqueísmo y temen las explicaciones complejas. ▲